

**«Más allá de vuestras
regiones» y «Volvamos
ahora»**

2 Cor. 10:16 y Hec. 15:36

Charles Henry MACKINTOSH

biblicom.org

Índice

1 - «Predicar el evangelio más allá de vuestras regiones» (2 Cor. 10:16)	3
2 - «Volvamos ahora» (Hec. 15:36)	5

1 - «Predicar el evangelio más allá de vuestras regiones» (2 Cor. 10:16)

La difusión del Evangelio por el apóstol Pablo

Estas palabras, a la vez que muestran la grandeza de alma del abnegado y sacrificado apóstol, son un excelente modelo para el evangelista de todos los tiempos. El Evangelio es un viajero, y el predicador del Evangelio debe ser también un viajero. El evangelista divinamente cualificado y divinamente enviado fijará su mirada en “el mundo”. Abarcará, en su benevolente designio, a la familia humana. De casa en casa, de calle en calle, de ciudad en ciudad, de provincia en provincia, de reino en reino, de continente en continente, de polo a polo. Tal es el alcance de la «buena nueva» y de su predicador. «Más allá de vuestras regiones» debe ser siempre el gran lema del Evangelio. Tan pronto como la lámpara del Evangelio proyecta sus alegres rayos sobre una región, el portador de esa lámpara debe pensar en las regiones de más allá. Así es como la obra continúa. Así es como la poderosa marea de la gracia rueda, iluminando y salvando, sobre un mundo oscuro que yace en «la región de sombra de muerte» (Mat. 4:16; Lucas 1:79).

*“Soplad, soplad, vientos, historia,
Y vosotros, las aguas, rodad,
Hasta que, como un mar de gloria,
Se extiende de polo a polo”.*

Lector cristiano, ¿está pensando en las “regiones más allá de usted”? Esa frase puede significar, en su caso, la casa de al lado, la calle de al lado, el pueblo de al lado, la ciudad de al lado, el reino de al lado o el continente de al lado. Depende de su propio corazón pensar en la aplicación de esta expresión; pero dígame: ¿Piensa en las “regiones que le rodean”? No quiero que abandone su trabajo actual, o al menos no hasta que esté plenamente convencido de que su labor en él ha terminado. Pero no olvide que el arado evangélico nunca debe detenerse. “Adelante” es el lema de todo verdadero evangelista. Que los pastores se queden con los rebaños, pero que los evangelistas salgan a recoger las ovejas. Que hagan sonar la trompeta del Evangelio a lo largo y ancho, sobre las oscuras montañas de este mundo, para reunir a los elegidos de Dios. Ese es el propósito del Evangelio. Ese debe ser el objetivo del evangelista [1], cuando suspira por «más allá de vuestras regiones».

[1] *La conversión del mundo* no es el objetivo del evangelista divinamente instruido, sino la reunión de un pueblo en el nombre del Señor –un pueblo para el cielo– el Cuerpo de Cristo –la Iglesia de Dios (Hec. 15:14).

Cuando César atisbaba los blancos acantilados de Gran Bretaña desde la costa de Francia, anheló portar sus armas allí. El evangelista, cuyo corazón late al unísono con el de Jesús, al mirar el mapa del mundo, anhela llevar el Evangelio de paz a regiones que hasta ahora han estado envueltas en las tinieblas de la noche, cubiertas con el manto tenebroso de la superstición, o marchitas por las influencias agostadas de la «piedad sin poder».

Creo que sería útil para muchos de nosotros preguntarnos hasta qué punto estamos cumpliendo con nuestras santas responsabilidades hacia «más allá de vuestras regiones». Creo que el cristiano que no cultiva y manifiesta un espíritu de evangelización se encuentra en una situación deplorable. También creo que la asamblea que no cultiva y manifiesta un espíritu de evangelización se encuentra en un estado de muerte. Una de las verdaderas marcas de crecimiento y prosperidad espiritual, ya sea en un individuo o en una asamblea, es la ansiedad sincera por la conversión de las almas. Esta ansiedad hincha el pecho con emociones muy generosas; sí, brota en copiosas corrientes de esfuerzo benevolente, que siempre fluyen hacia «más allá de vuestras regiones». Es difícil creer que «la palabra de Cristo» habite «ricamente» en alguien que no se esfuerza por transmitirla a los hombres «muertos en sus pecados». No importa lo grande que sea el esfuerzo: puede ser deslizar unas palabras al oído de un amigo, distribuir un folleto, escribir una nota o hacer una oración. Pero una cosa es cierta: un cristiano sano y vigoroso será un evangelista cristiano –un anunciador de buenas noticias– un cristiano cuyas simpatías, deseos y energías se dirigen siempre hacia «más allá de vuestras regiones». «Es necesario que yo predique también en las demás ciudades las buenas nuevas del reino de Dios; porque para esto fui enviado» (Lucas 4:43) era el lenguaje del divino evangelista.

Podemos preguntarnos si muchos de los siervos de Cristo no han cometido el error de dejarse, por una u otra influencia, localizarse demasiado, apegarse demasiado a un lugar. Se han dejado arrastrar a un trabajo rutinario, a una ronda fija de predicación en el mismo lugar, y en muchos casos se han paralizado a sí mismos y a sus oyentes. No me refiero aquí al trabajo del pastor, del anciano o del maestro, que, por supuesto, debe hacerse en medio de aquellos que son los objetos propios de ese trabajo. Me refiero más particularmente al evangelista. Nunca debe permitir que se

le confine a un lugar en particular. El mundo es su esfera: «Más allá de vuestras regiones», su lema; reunir a los elegidos de Dios, su objeto; el flujo del Espíritu, su línea de conducta.

Si el lector es alguien a quien Dios ha llamado y equipado para ser evangelista, que recuerde estas 4 cosas, la *esfera*, el *lema*, el *objeto* y la *línea de conducta* que todos deben adoptar si quieren ser obreros fructíferos en el campo del Evangelio.

Por último, tanto si el lector es evangelista como si no, le insto a que considere hasta qué punto está tratando de hacer avanzar el Evangelio de Cristo. No debemos quedarnos de brazos cruzados. El tiempo se acaba. ¡La eternidad se acerca rápidamente! ¡El Maestro es muy digno! Las almas son muy valiosas. La temporada de trabajo pronto terminará. Así que, en nombre del Señor, levantémonos y actuemos. Y cuando hayamos hecho lo que podamos en los alrededores, llevemos el precioso Evangelio: «**Más allá de vuestras regiones**».

*Id, trabajad mientras haya luz
La noche oscura del mundo se precipita;
Date prisa, acelera tu trabajo, ahuyenta la pereza;
Así no se ganan almas.*

*Los hombres mueren en las tinieblas a tu lado
Sin esperanza que ilumine la tumba,
Toma la antorcha y agítala lejos,
La antorcha que iluminan las más densas tinieblas del tiempo.*

*Continúa, no vaciles, vigila y ora;
Sé sabio para ganar el alma perdida;
Salid al camino del mundo,
Obliga al errante a entrar.*

2 - «Volvamos ahora» (Hec. 15:36)

Algunos aspectos de la actividad pastoral de Pablo

«Volvamos ahora y visitemos a los hermanos en cada ciudad en la que anunciamos la palabra del Señor, a ver cómo están». En el artículo anterior, hemos presentado a nuestros lectores un lema para el evangelista: «Predicar el evangelio más allá de

vuestras regiones». Este es el gran objetivo del evangelista, cualquiera que sea su don o campo de acción.

Pero el pastor también tiene, como el evangelista, su trabajo, y queremos ofrecerle un lema. Ese lema lo tenemos en las palabras: «Volvamos ahora». No debemos considerar esta frase simplemente como un relato de lo que ha sido hecho, sino como un modelo de lo que debe hacerse. Si al evangelista se le encomienda predicar el Evangelio en las regiones de más allá, mientras haya regiones que evangelizar, al pastor se le encomienda volver «a visitar a los hermanos», mientras haya hermanos que visitar. El evangelista ha creado el vínculo interesante; el pastor mantiene y refuerza ese vínculo. Uno es el instrumento de la creación de este hermoso vínculo, el otro de su perpetuación. Es muy posible que ambos dones existan en la misma persona, como en el caso de Pablo; pero sea así o no, cada don tiene su esfera y su propósito específicos. El trabajo del evangelista es llamar a los hermanos; el trabajo del pastor es ocuparse de ellos. El evangelista va primero a predicar la Palabra del Señor; el pastor visitará después a aquellos en quienes esa Palabra ha hecho efecto. El primero llama a las ovejas; el segundo las alimenta y las cuida.

El orden de estas cosas es divinamente hermoso. El Señor no reuniría a sus ovejas y no las dejaría errar sin cuidarlas ni alimentarlas. Eso no estaría en absoluto en consonancia con su misericordia, ternura y cuidado. Por eso no solo da el don por el que sus ovejas son llamadas a la existencia, sino también el don por el que son alimentadas y cuidadas. Se interesa por ellas y por cada etapa de su historia. Vela por ellas con intensa solicitud, desde el momento en que oyen los primeros acordes vivificantes, hasta que están a salvo en las moradas de lo alto. Su deseo de reunir a las ovejas se expresa en la amplitud de corazón de la expresión: «Más allá de vuestras regiones»; y su deseo de su bienestar se respira en las palabras: «Volvamos». Ambas cosas están íntimamente unidas. Dondequiera que se ha predicado y recibido la Palabra del Señor, se han formado vínculos misteriosos, pero reales y muy preciosos, entre el cielo y la tierra. El ojo de la fe puede discernir el vínculo más hermoso de la simpatía divina entre el corazón de Cristo en el Cielo y «cada ciudad» donde «la Palabra del Señor» ha sido predicada y recibida. Esto es tan cierto hoy como lo era hace 2.000 años. Muchas cosas pueden obstaculizar nuestra percepción espiritual de este vínculo, pero, no obstante, existe. Dios lo ve, y la fe también lo ve. Cristo tiene su ojo –un ojo que irradia un intenso interés y tierno amor– en cada ciudad, en cada pueblo, en cada calle, en cada casa donde se ha recibido su Palabra.

La certeza de esto es muy consoladora para cualquiera que tiene el sentimiento de haber recibido realmente la Palabra del Señor. Si tuviéramos que probar, en la

Escritura, la verdad de nuestra afirmación, lo haríamos con la siguiente cita: «Había un discípulo en Damasco llamado Ananías; a este le dijo el Señor en visión: Ananías. Y él dijo: Aquí estoy, Señor. El Señor le dijo: Levántate, ve a la calle que se llama Derecha y pregunta en casa de Judas por un hombre de Tarso, llamado Saulo; porque está orando» (Hec. 9:10-11). ¿Hay algo más conmovedor que oír al Señor de la gloria dar, con tanto detalle, la dirección de su oveja recién encontrada? Indica la calle, el número, por así decirlo, y la ocupación del momento. Su ojo benevolente toma en cuenta todo lo que concierne a cada uno de aquellos por los que ha dado su preciosa vida. No hay una sola circunstancia, por insignificante que sea, en el camino del más débil de sus miembros, en la que el bendito Señor Jesús no se interese. Sea alabado su nombre por esta consoladora seguridad. ¡Que podamos entrar más plenamente en la realidad y en el poder de tal verdad!

Nuestro bondadoso Pastor llena el corazón de todo el que actúa bajo su autoridad con su tierna solicitud por las ovejas; y fue él quien movió el corazón de Pablo para expresar y llevar a cabo el propósito expresado en las palabras: «Volvamos ahora». Era la gracia de Cristo la que fluía en el corazón de Pablo, y daba un carácter y una dirección al celoso servicio del más devoto y laborioso apóstol. «Enseñando públicamente y en cada casa» (Hec. 20:20). ¡Qué ejemplo! ¡Piense que el apóstol, con todas sus gigantescas labores, encontró tiempo para ir de casa en casa, y eso durante 3 años en una sola ciudad!

Y fíjese en la fuerza de las palabras : «Volvamos ahora». No importa cuántas veces haya estado usted allí antes. Puede ser una, 2 o 3 veces. No se trata de eso. «Volvamos» es el lema del corazón pastoral, porque siempre hay demanda del don pastoral. En los diversos lugares donde se ha predicado y recibido la «Palabra del Señor», surgen una y otra vez problemas que requieren la labor de un pastor divinamente cualificado. Ningún lenguaje humano podría expresar adecuadamente el valor y la importancia de un verdadero trabajo pastoral. ¡Si solamente fuéramos más! A menudo corta de raíz males que podrían adquirir proporciones terribles. Esto es particularmente cierto en este día de pobreza espiritual. La petición es inmensa –una petición al evangelista para que piense en «más allá de vuestras regiones»– una petición al pastor para que volver a visitar a «los hermanos en cada ciudad» donde se ha predicado «la palabra del Señor», y vea «cómo están».

Lector, ¿posee usted algún don pastoral? Si es así, reflexione sobre esas palabras que lo abarcan todo: «Volvamos». ¿Ha actuado en consecuencia? ¿Ha pensado en sus «hermanos»? –En aquellos «que han recibido una fe tan preciosa como la nuestra» (2 Pe. 1:1)– en aquellos que, al recibir «la Palabra del Señor», se han convertido

en sus hermanos espirituales. ¿Están sus intereses y simpatías comprometidos con «cada ciudad» en la que se ha formado una conexión espiritual con Cristo, la Cabeza glorificada en lo alto? Oh, cómo anhela el corazón un mayor despliegue de sagrado celo y energía, de devoción individual e independiente –independiente, quiero decir, no de la sagrada comunión de verdaderos creyentes espirituales, sino de toda influencia que tienda a obstruir e impedir ese elevado servicio al que cada uno está claramente llamado, en responsabilidad solo ante el Maestro. Guardémonos de los obstáculos que constituyen las engorrosas maquinarias, la rutina religiosa y las falsas obligaciones. Guardémonos también de la indolencia, del amor a la comodidad personal, de una falsa economía que nos llevaría a dar excesiva importancia a la cuestión de los gastos. La plata y el oro pertenecen al Señor, y sus ovejas le son mucho más preciosas que la plata y el oro. Él dijo: «¿Me amas? Apacienta mis ovejas». Y si hay un solo corazón para hacerlo, nunca faltarán los medios. ¡Cuántas veces nos encontramos con que gastamos dinero inútilmente en la mesa, el armario y la biblioteca, cuando sería más que suficiente para llevarnos «más allá de vuestras regiones» a predicar el Evangelio, o «a cada ciudad» a «visitar a los hermanos»!

Que el Señor nos conceda un sincero espíritu de abnegación, un corazón dedicado a él y a su santísimo servicio, un verdadero deseo por la propagación de su Evangelio y la prosperidad de su pueblo. Que el tiempo pasado de nuestras vidas sea suficiente ahora por haber vivido y trabajado solo para “mí” y mis intereses, y que el tiempo por venir sea dedicado a Cristo y a sus intereses. No permitamos que nuestros corazones traicioneros nos engañen con razonamientos plausibles sobre reivindicaciones domésticas, comerciales o de otro tipo. No hay duda de que todo esto debe ser estrictamente vigilado. Una mente bien ordenada nunca ofrecerá a Dios un sacrificio resultante de la negligencia de una justa reivindicación. Si soy cabeza de familia, las demandas de esta familia deben estar debidamente satisfechas. Si soy el jefe de una empresa, las demandas de esa empresa deben estar debidamente satisfechas. Si soy un sirviente contratado, debo cumplir con mi trabajo. Faltar a cualquiera de estas obligaciones, es deshonorar al Señor en lugar de servirle.

Pero, dejando el margen más amplio posible para todas las justas reivindicaciones, preguntémonos si estamos haciendo todo lo que podemos por «más allá de nuestras regiones» y por «los hermanos en cada ciudad donde hemos predicado la Palabra del Señor». ¿No ha habido un abandono culpable de la obra de evangelización y de la obra pastoral? ¿No hemos dejado que los lazos domésticos y comerciales influyan indebidamente en nosotros? ¿Y cuál ha sido el resultado? ¿Qué hemos ganado? ¿Han salido bien nuestros hijos y han prosperado nuestros negocios? ¿No ha suce-

dido a menudo que, donde se ha descuidado la obra del Señor, los hijos han crecido en el descuido y la mundanidad? Y cuando se trata de los negocios, ¿no hemos trabajado a menudo toda la noche solo para encontrar una red vacía por la mañana? En cambio, allí donde la familia y las circunstancias se han dejado, con confianza sin adular, en manos de Jehová proveerá (Gén. 22:14), ¿no han sido cuidadas mucho mejor? Que reflexionemos profundamente sobre estas cosas, con un corazón honesto y una mirada sencilla, y seguro que llegaremos a conclusiones correctas.

No puedo dejar la pluma sin llamar la atención del lector sobre la plenitud de la frase: «A ver cómo están». ¡Cuántas cosas están implícitas en esas palabras! “Cómo actúan, en público, en sociedad, en privado”. “Cómo están, en doctrina, en asociación, en conducta”. “Cómo actúan espiritualmente, moralmente, relativamente”. En una palabra, “cómo se comportan” en todos los aspectos. Quede bien persuadido el lector de que esta observación de la actitud de nuestros hermanos nunca debe transformarse en un espíritu curioso, indiscreto, chismoso, especulador –un espíritu que no hiere y que no cura, que no se entromete en lo que no le concierne y ni lo repara.

A todos los que quisieran visitarnos con tal espíritu, hay que decirles sin duda: “Fuera de aquí”. Pero a todos los que quisieran poner en práctica el versículo de Hechos 15:36, queremos decirles: “Nuestras manos, nuestros corazones, nuestras casas están abiertas de par en par; entrad, benditos del Señor. Si usted ha juzgado que soy fiel al Señor, entre en mi casa y quédese”.

Señor, que te plazca suscitar evangelistas para visitar «más allá de vuestras regiones», y pastores para visitar, una y otra vez, «a los hermanos en cada ciudad».

«¿Me amas?... Apacienta mis corderos... ¿Me amas?... Pastorea mis ovejas» (Juan 21:15-16).

«Cuando aparezca el Pastor supremo, recibiréis la corona inmarcesible de gloria» (1 Pe. 5:4).